

## LIBRO SEGUNDO

### CARLOS V Y EL PROTESTANTISMO

#### CAPITULO PRIMERO

##### LA LUCHA POR LA ITALIA

Espectáculo imponente la lucha como en desafío de grandes personajes históricos, como representantes de fuerzas contrarias; pero lo más dramático de la historia es cuando el individuo suelto lucha contra un adversario impersonal, contra el espíritu impalpable de su época, cuando se empeña en hacer la desgraciadísima guerra que á despecho de todas las victorias obtenidas, ha de acabar con la derrota del temerario. Semejantes adalides pueden producir efectos destructores y crear obstáculos á las generaciones venideras como á la contemporánea, pero no llegan á fundar ni á edificar nada: todo lo que quieren crear queda siempre en estado de visión ó de ensueño, aunque hagan servir y derrochen todos los medios materiales y efectivos para la realización de su propósito.

Un adalid de esta clase era Carlos V; porque si bien su rivalidad con Francisco I lleva á veces el sello enteramente personal, y si bien hacía el fin de su carrera un hombre como Mauricio de Sajonia pudo atreverse á entrar en lucha con el poderosísimo vencedor, siempre la obra verdadera de la vida de este postrer emperador de la Edad media se presenta como destinada á un objeto inasequible, y sus esfuerzos extraños como dirigidos contra un invencible enemigo. A este enemigo quisieramos llamar el protestantismo, solo que bajo este nombre no debemos entender exclusivamente el mundo de ideas y los adeptos de la doctrina religiosa protestante. Ranke llamó la oposición de la Europa moderna á los fines de Carlos V, «un protestantismo militar político;» porque viene á ser una oposición compuesta de los elementos más diversos, y á veces aparece hasta una mezcla nada natural en apariencia de tendencias religiosas con otras puramente mundanas. Sin embargo, existe un rasgo común en las luchas de la reforma religiosa alemana y de aquellos Estados nacionales contra el ideal del cristianismo sometido á una dirección única, que durante siglos fué la ilusión constante de los pensadores y que llegó á personificarse en el poder internacional del papado y del imperio.

Hacia tiempo que estaba demostrada la imposibilidad de semejante gobierno universal, y la idea de San Agustín en la *Ciudad de Dios* había quedado ya oscurecida por la importancia y la existencia positiva de los Estados políticos verdaderos. A pesar de esto, justamente cuando la unidad eclesiástica de la Europa occidental se iba desmoronando, se quiso resucitar la monarquía universal del sacro imperio romano; porque es indudable que aquel Habsburgo callado,

que poseía un poder que recordaba de veras el que tuvieron en el orbe los césares, vivía identificado con las antiguas ideas imperiales. La corona de Carlomagno cobraba una significación especialísima en la cabeza de un príncipe en cuyo imperio no se ponía el sol y cuyas órdenes eran obedecidas en Madrid y en Viena, en Amberes y en Méjico, en Nápoles y en Lima. El biznieto de Carlos el Temerario, el heredero de la política de las familias de Borgoña y de Habsburgo, sin patria en medio de innumerables países y pueblos que hablaban las lenguas más diversas, no podía buscar más punto de gravedad para su vasta misión soberana que la dignidad imperial que comprendía el dominio del mundo. Solo en este punto podían coincidir los innumerables problemas monárquicos y eclesiásticos, á los cuales únicamente podía atender á la vez una política internacional y por lo mismo anti-nacional. En este edificio monárquico no podía haber límites, porque en todas partes habían de herirse intereses del emperador, y éste debía ir siempre avanzando más y aumentando su poderío para evitar su disminución. Por otra parte, la tradición y la esencia de su poder le unían irremisiblemente con la Iglesia católica; durante toda su vida se consideró como protector nato de ella, y en este sentido procedió siempre lo mismo al tratar con mahometanos que con indios gentiles, con herejes alemanes ó con la curia. Esta idea jamás se ha apoderado con igual vitalidad del alma de hombre alguno, dice Ranke, como se apoderó de la de Carlos V.

Sin embargo, contra esta renovación de un imperialismo semi-teocrático debía protestar cuanto tenía ó pretendía tener independencia. Los proyectos de dominio universal de los Hohenstaufen habían suscitado una reacción hasta cierto grado instintiva del sentimiento de nacionalidad en una época en que en teoría no se podía objetar nada al principio de ser gobernado el mundo por un solo hombre. Fué el pontificado el que entonces se encargó de la dirección de los elementos opuestos á un emperador único, y enfrente de la monarquía universal laica presentó su monarquía eclesiástica; pero los papas del siglo XVI ya no pensaban tan alto: intrigaron y lucharon ya como soberanos de territorios italianos, ya como custodios de una organización eclesiástica cuya realización constante podía verse comprometida á cada momento por un protector tan poderoso. La resistencia del papado al hijo más fiel de la Iglesia favoreció á veces de una manera singular, no solamente la política ambiciosa de su antigua aliada la Francia, sino también los esfuerzos y tendencias de los turcos y de los luteranos alemanes. En estas luchas, que duraron decenios, perdió sobre todo la Italia lo que no puede calcularse, y después de la Italia la Alemana; por manera que ambas, paralizadas política é intelectual-

mente, entraron en un larguísimo período letal; y si la mayor obra del pueblo alemán en su lento aniquilamiento, ó sea la reforma religiosa, se sostuvo en el torbellino de los sucesos y llegó á echar raíces perdurables, fué debido justamente al fatal reinado del emperador Carlos V, que no pudo evitarlo. Su presión monstruosa pudo dañar al desarrollo del movimiento eclesiástico, pero aquella presión pesaba con igual fuerza sobre el resto de Europa; y así la exasperación general reunió una multitud de aliados que viéndose en la necesidad perentoria de defenderse contra tan grande enemigo, descuidaron sus deberes más sagrados.

El mundo estaba harto de la Edad media, cuyo postrer adalid poderosísimo murió vencido.

Una larga guerra diplomática precedió á la guerra material entre Carlos V y Francisco I, guerra que fué la continuación de la antigua rivalidad entre la corona de Francia y la Borgoña y España. Para esta lucha formidable era prudente hacerse con buenos aliados, y ambos adversarios solicitaron á porfía la amistad de las potencias neutrales más importantes, la Inglaterra, el Papa y los suizos: esfuerzos que hasta el verano de 1521 no dieron resultados decisivos. Leon X hacía tiempo que deseaba con impaciencia que estallasen las hostilidades, y hasta el último momento se reservó la libertad de declararse por uno ó por el otro de los dos adversarios. La alianza de la Francia con su enemigo mortal, Ferrara, le decidió según parece, y el 29 de mayo firmó una alianza ofensiva y defensiva con Carlos V, conviniendo estas dos «potencias supremas» de la cristiandad en una división de Italia, que inmediatamente después fué completada por el Papa con la investidura del reino de Nápoles dada al emperador. En cambio el Papa, que por supuesto no dejó de decir en el tratado de alianza que solo pensaba en el cumplimiento de su deber de pastor y que le importaban más las cosas eclesiásticas que las mundanas, debía adquirir por el mismo tratado á Ferrara, Parma y Piacenza, y además la protección imperial para la casa de Médicis y su posición en Florencia. Inmediatamente antes de haberse cerrado este convenio, los magnates alemanes habían tomado partido por su emperador contra Francia y concedido á Carlos una fuerza armada, si bien para el año siguiente. En Suiza los franceses fueron los primeros que consiguieron lo que solicitaban por lo pronto, y á pesar de la resistencia del cantón de Zurich se hizo en 5 de mayo de 1521 en Lucerna el convenio de los demás cantones con el rey Francisco, por el cual, á cambio del aumento de sus pensiones ó subsidios, se permitió á la Francia enganchar voluntarios de aquellos cantones para la guerra. Sucedió, sin embargo, que Leon X había enganchado ya un pequeño ejército de suizos por medio del cardenal de Sitten, antiguo conocedor de la Suiza y bien provisto de medios pecuniarios por el emperador y el Papa, y el resultado fué que el triunfo obtenido por la Francia se inutilizó en gran parte porque los berneses, que servían en el ejército francés, lo abandonaron para no pelear contra sus compatriotas, cosa que indignó mucho á los franceses.

Roberto de la Marck, descontento del emperador é instigado por Francisco I, hizo una especie de prelude á la gran guerra, pero desautorizado por Francisco I no tardó en quedar vencido. La ruptura efectiva entre España y Francia se efectuó con la entrada de fuerzas francesas en Navarra, cuyo dueño legítimo Enrique de Albret no había sido indemnizado por Carlos V y según declaración del rey éste podía exigir su auxilio armado, según estaba estipulado. Al recibir la noticia de esta violación de su territorio, Carlos, como él mismo dijo á un embajador de Inglaterra, juró tomando á Dios por tes-

tigo, vengarse del rey de Francia; y no fué esto una frase vacía en boca del soberano, cuyo carácter vengativo é irreconciliable era muy conocido de las personas que le conocían. Cuando llegaron á su corte noticias de Navarra y de Flandes acerca de los triunfos de las armas imperiales, yaciendo la revolución española en el suelo y habiéndose decidido el Papa por Carlos, pudo sentir alegría el joven monarca por haber dado principio la guerra justa que había de hacerle más grande todavía, y entonces dijo que pronto se había de ver ó á él emperador pobre ó á Francisco I rey pobre. Muerto Chievres, había desaparecido la voz que abogaba en el consejo de Carlos por la paz, y no fué poco triunfo para la política imperial que el cardenal inglés Wolsey, el mayor adversario de la guerra universal, renunciara á su política de neutralidad. Ya vimos más arriba la oposición que se manifestó en Inglaterra contra la política de paz del cardenal; la reina Catalina, tía del emperador, trabajaba hacia ya mucho tiempo contra las tentativas siempre renovadas de una aproximación entre la Inglaterra y la Francia: la voz del pueblo inglés era contraria á esta aproximación y se vió con satisfacción la entrevista del cardenal con Carlos V en Brujas. En esta ciudad el joven emperador esperó al cardenal hora y media delante de la puerta de la ciudad; le saludó descubriéndose la cabeza, como si el cardenal hubiese sido un soberano, quedando los dos montados, y en la iglesia asistieron los dos á la celebración del acto religioso arrodillados uno al lado del otro, bajo el mismo palio y en el mismo reclinatorio. El rey de Dinamarca, solicitando una entrevista con el cardenal, tuvo que ir á su alojamiento, y el cardenal, con pretexto del respeto debido á su soberano, no quiso bajar ni al jardín para recibir al rey. Sin embargo, aquel eclesiástico soberbio sufrió en la entrevista de Brujas y en las negociaciones subsiguientes la más sensible derrota política, si bien el giro desfavorable de la campaña de Flandes y el mal éxito de las fuerzas imperiales delante de Mezieres, defendida por Bayardo, inclinaron á Carlos V durante algún tiempo á un armisticio. La torpísima dirección de la campaña por parte de los franceses, que no supieron aprovechar las ventajas obtenidas en Flandes ni quisieron restituir la ciudad de Fuenterrabía, que habían tomado, hicieron muy pronto ociosas las esperanzas de paz, que la corte de Inglaterra quería que se realizasen por su mediación.

En Brujas ya se había convencido Wolsey de que tenía que habérselas con un monarca que si bien joven velaba por sus intereses con mucha previsión y calma. Carlos expresó la confianza que tenía en su propio criterio en la carta de invitación que dirigió al cardenal, en la cual le decía: «Vos y yo haremos más en un día que mis embajadores en un mes.» Sin faltar á los honores que con mucho cálculo tributó al cardenal, estaba el emperador muy lejos de dejarse guiar por él, y cuando observó que desentonaba algo al hablar de la política imperial, que calificaba de mal aconsejada, le dijo indignado y herido en su orgullo que si el cardenal creía poder tratarle como un prisionero de Inglaterra se había equivocado completamente, y añadió que aunque era un punto principal del convenio su desposorio con la pequeña María de Inglaterra, no le faltarian mujeres en abundancia sin pagarlas tan caras. Durante las conferencias de Calais se manifestó por primera vez el lado fantástico de la política imperial, y quedamos estupefactos al saber que el canceller Gattinara, el antagonista más tenaz del cardenal inglés, exigió las restituciones pretendidas por la dinastía de Borgoña, por la corona de España y por el imperio alemán, y además la del ducado de Borgoña y la de las comarcas á orillas del Somme; es decir, nada menos que el antiguo reino de Arlés con la Provenza, el Delfinado, Lyon y toda la Francia meridional hasta



Navarra inclusive y los condados de Champaña y Brie. En justicia decía el canciller que el imperio podía reclamar la restitución de todo el reino de Francia, que el papa Bonifacio VIII había concedido al rey Habsburgo Alberto, destituyendo á Felipe el Hermoso. Semejantes monstruosidades venían á ser el mejor punto donde se encontraron el emperador y Enrique VIII, el cual estaba mas inclinado á una política osada de guerra y al recuerdo de que sus antecesores habían ceñido la corona de Francia que Wolsey, cuyos esfuerzos se dirigían á encargarle del papel de pacificador y árbitro neutral. El cardenal, cuando vió la disposición hostil de las partes interesadas, abandonó en apariencia la idea de arbitraje é hizo con el emperador en 25 de agosto en Brujas una alianza que renovó despues en Calais el 24 de noviembre, admitiendo en la alianza al Papa, pero sin dar por perdido su juego político. En efecto, introdujo en el tratado una cláusula segun la cual Inglaterra no declararía ni haría la guerra á la Francia hasta que el emperador hiciese una visita á Inglaterra. Esta visita, y por lo mismo la ruptura con la Francia, se esforzó Wolsey en aplazarla indefinidamente; pero interrumpió sus esfuerzos la primera gran victoria que obtuvieron las armas imperiales en Italia. Por lo demás, la alianza de Carlos con Inglaterra fué de todos modos una cosa irrealizable porque faltaba por ambas partes la confianza, sin contar que el ministro director de Inglaterra era decididamente contrario á tal alianza, teniendo, como tenia, además de sus escrúpulos políticos, otro motivo muy personal, como luego veremos.

La sola fama de la alianza con Inglaterra fué, sin embargo, muy valiosa para el emperador; pues segun escribieron, los embajadores ingleses en Roma, se tenían allí por seguras la derrota de Francia y la caída del poder francés en la Italia del Norte. Al fin del otoño de 1521 los suizos enganchados por cuenta del Papa se decidieron á hacer abiertamente armas contra Francisco I, cuando se presentaron delante de Milan las fuerzas imperiales, mandadas por Próspero Colonna y por el marqués de Pescara, el 19 de noviembre. Entonces se sublevó la poblacion de la ciudad, exasperada por el rigor del gobernador francés Lautrec, y la guarnicion francesa salió furtivamente de la poblacion en una noche tempestuosa y en medio de una espesa lluvia. Inmediatamente sacudieron el yugo francés tambien Pavía, Piacenza, Parma y casi todas las plazas del Milanésado. Poco despues, en 2 de diciembre, se entregó la ciudad de Tournai á las tropas imperiales; pero al mismo tiempo ocurrió impensadamente la muerte del Papa, suceso que pareció comprometer la política imperial. En medio de la alegría de las noticias de Milan, habia caído enfermo Leon X y pocos días despues, el 1.º de diciembre, expiró por la noche aquel vástago de la familia de Médicis, cuyo nombre vive por estar enlazado con los de Rafael y Miguel Angel. Por lo demás, aquel favorito de la fortuna y aficionado á los placeres, segun dice un testigo ocular, murió bien confesado y comulgado, como buen cristiano, á pesar de que los malignos epigramas é invectivas de los romanos dicen que murió como un perro. Los pequeños enemigos respiraron; Alfonso de Ferrara hizo acuñar una medalla conmemorativa de su salvacion *ab ungue leonis*, segun decía la inscripcion, y tanto él como los demás pequeños soberanos desposeidos, los señores de la Rovere, Baglione y otros, se apresuraron á volverse á apoderar de lo que habían perdido.

El parlamento suizo, indignado de que se hubieran empleado contra la Francia sus tropas al servicio del Papa, volvió á conceder al rey Francisco la ayuda de los suizos; de modo que el emperador perdió de un golpe las ventajas económicas y militares obtenidas del difunto papa Leon,

quedando dependiente el porvenir de la guerra de Italia del dudoso resultado de una eleccion papal.

Quizás jamás habia excitado la curiosidad del mundo político cónclave alguno como el que se reunió á la sazón y que dió un resultado que nadie habia esperado. El mas poderoso de todos los cardenales, el inglés Wolsey, habia declinado el ofrecimiento del emperador de colocarle á la primera ocasion en la silla de San Pedro; pero en su entrevista en Brujas repitió Carlos su proposicion, y cuando se presentó tan súbitamente la ocasion, desapareció de repente la reserva de Wolsey, hasta el punto de proponer que se influyera en los electores por medio de las tropas imperiales. Toda la ambicion de este soberbio príncipe de la Iglesia se fijó en la perspectiva de ser elevado al pontificado, deseo que el emperador fomentó, sin pensar seriamente en cumplirlo por su parte. El emperador sabia tan bien como su embajador en Roma, el viejo Manuel, que Wolsey en el fondo de su corazón se inclinaba con preferencia al lado de Francia; y Manuel, que escribió que no podia haber en el mismo infierno tanto odio y tantos demonios como entre los cardenales, ni siquiera menciona en sus cartas sobre el cónclave al pretendiente Wolsey, si bien éste obtuvo en una votacion hasta siete votos. Viendo Manuel que no habia medio de hacer triunfar á Julio de Médicis, que era el verdadero candidato del emperador enfrente del partido francés, dirigió la atencion del cónclave á Adriano de Utrecht, el cardenal de Tortosa y antiguo ayo de Carlos. Este prelado, completamente desconocido en Roma, fué elegido, en efecto, en 9 de enero de 1522 en el oneno escrutinio, cuando los cardenales se habían cansado de la larga lucha electoral, despues de haberse servido de todos los medios imaginables hasta el de faltar al secreto del confesonario. El rey Francisco habia declarado que si fuese elegido Julio de Médicis, la Francia no obedecería á la Santa Sede; y tan pronto como fué elegido Adriano, apeló á la imparcialidad del nuevo Papa, que con gran satisfaccion de los franceses no pudo llegar á Roma sino al cabo de cierto tiempo. Por lo demás, Adriano estaba firmemente decidido á no rebajarse á ser instrumento de su antiguo discípulo; y Manuel lastimó el orgullo del jefe de la Iglesia y tambien el del hombre honrado cuando le intimó en tono dictatorial el deber de la gratitud para con Dios y para con el emperador, pues que debía al favor de ambos, que estaban por decirlo así completamente de acuerdo, el haber subido á la silla de San Pedro. Esta soberbia verdaderamente bizantina no era propia para ponerse en buen lugar con el Papa, el cual escribió á su antiguo discípulo: «Me alegro mucho de no deber mi eleccion á vuestras recomendaciones»

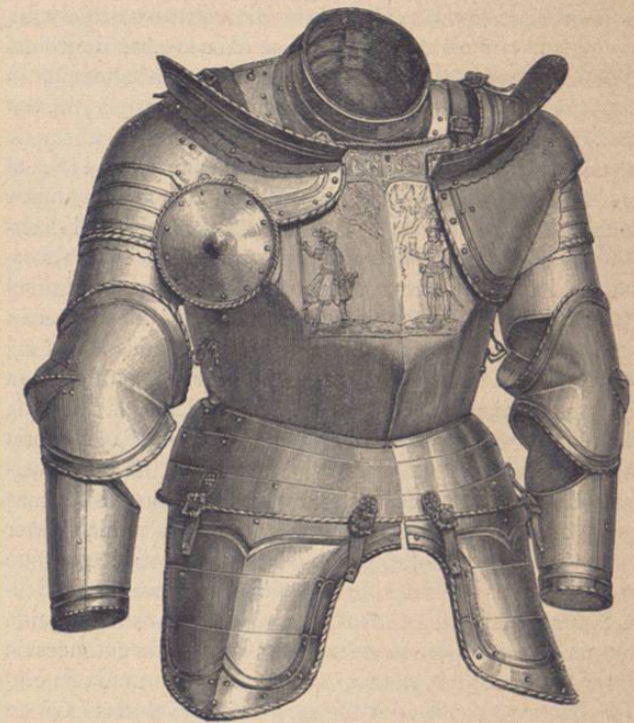
Ya hemos visto que siendo Papa confesó francamente la corrupcion de los eclesiásticos y quiso reformar la Iglesia, para quitar á la herejía alemana el terreno en que se habia colocado. El objeto del nuevo Papa era el restablecimiento de la paz entre las potencias cristianas, para que pudiesen emplear sus fuerzas en oponer una enérgica y robusta resistencia al avance, realmente amenazador, del poder turco. Con este objeto pidió al emperador que consintiera en un armisticio, ya que el rey Francisco, segun habia oído, estaba inclinado á la paz.

Sin embargo, la situacion del emperador, cuya penuria terrible le habia inclinado durante algun tiempo á responder á los deseos del Papa, habia experimentado un cambio radical á consecuencia de los sucesos militares en Italia. Si bien Francia pudo enganchar tropa suiza, ésta no pudo servirle de mucho, porque la infantería mercenaria alemana al servicio del emperador se adelantó á los suizos, como en otro tiempo cerca de Marignan, y atravesó á las órdenes de Jorge de Frundsberg los desfiladeros de los Alpes, cubiertos de

nieve, consiguiendo realizar su union con las fuerzas de Colonna y del duque Francisco Sforza, que habia sido recibido con júbilo por sus antiguos súbditos los milaneses. Así cuando los suizos obligaron al jefe francés Lautrec á atacar en 27 de abril la posicion fuerte de los contrarios cerca de Bicocca, se efectuó la primera batalla verdadera entre los dos grandes contendientes, en cuyos ejércitos militaban franceses, suizos, italianos, españoles y alemanes, como sucedia en casi todas las guerras de entonces, rivalizando en ardor la tropa suiza por una parte y por otra la alemana. La brillante victoria de las tropas imperiales, á la cual siguió un mes despues la toma de Génova, obligó al gobierno inglés á pronunciarse á favor del emperador, y á fines de mayo se efectuó la entrevista en Dover entre Carlos V y el rey de Inglaterra. Mientras ambos celebraban aquella entrevista, un heraldo inglés entregó á Francisco I en su corte de Lyon la declaracion de guerra de su señor. En el tratado de alianza que Carlos y Enrique firmaron en Windsor en 19 de junio, se acusa á la Francia de ser el obstáculo que se oponía á que se hiciera la guerra á los turcos, de estorbar con su ambicion la paz y se decía que debían serle arrebatadas todas las conquistas que habia hecho. Los dos aliados se propusieron hacer entrar en su alianza al Papa, á la república de Venecia y á la Suiza; mas como tambien ofrecieron los dos contratantes someterse á ser excomulgados y puestos en entredicho si faltaban al tratado, se infiere que su alianza no podia ser muy sólida. En efecto, los ministros directores de los dos soberanos no renunciaron ni un momento á su mútua y profunda desconfianza; Wolsey se quejaba de la codicia imperialista de Gattinara, y éste se lamentó con razon, hablando con los demás consejeros del emperador, de la exagerada soberbia del cardenal, que no sabia renunciar francamente al papel de árbitro en los asuntos de Europa.

Insignificantes fueron los primeros resultados militares de la alianza de Windsor, pues que se limitaron á asolar completamente dilatadas comarcas en el Noroeste de Francia, y por otra parte Wolsey tan pronto como pudo procuró entablar de nuevo negociaciones con Francia para emplear las fuerzas inglesas preferentemente contra los escoceses. Pero aun en esta situacion fué tan torpe el gobierno francés que dejó que la alianza entre Inglaterra y el emperador se ampliara hasta formar una liga europea contra la Francia, cuando tan fácilmente podia haberla deshecho. Francisco I, engreido de su fama guerrera desde la victoria de Marignan, no era tampoco hombre capaz de acometer durante largos años con perseverancia y trabajo grandes empresas. Aficionado á los placeres, dejó los cuidados usuales del gobierno á su madre Luisa de Saboya, lo que no impidió que en ciertas ocasiones desahogara su buen ó mal humor respecto de cuestiones políticas de la manera mas expresiva. Así durante las negociaciones con Leon X, dijo que á él como rey de Francia le titulaban el primogénito de la Iglesia, pero que si se opusiese á los deseos del Papa se le llamaría el primer diablo. A un embajador inglés dijo que no necesitaba ningun auxilio humano para defenderse y que no se fiaría mas de ningun soberano, y tomó á Dios por testigo de que el rey Enrique jamás le volvería á engañar si esta vez le abandonaba. Al parlamento de Paris aseguró una vez que lucharía con toda la Europa y que no tenia que temer á ninguno de sus contrarios. Estos ímpetus, sin embargo, solían pasar rápidamente, mientras con Carlos V sucedia lo contrario; al recibir noticias malas olvidaba en su trabajo político el comer y el dormir, mientras Francisco I salía noche y dia disfrazado para divertirse, aunque en Italia fuesen derrotadas sus tropas. Para mayor desgracia la madre de Francisco I, tan diestra en intrigar en favor de su hijo, cometió la gran torpeza

de aumentar la tirantez entre la corona de Francia y su primer vasallo el duque Carlos de Borbon, convirtiéndola en enemistad abierta. Este duque Carlos, casado con una nieta de Luis XI, gran chambelan y condestable de Francia, era no solamente por sus dominios, dignos de un rey, sino tambien por sus cualidades personales, el primer hombre despues del rey. Todo lo que emprendió le salió á medida de su deseo y siempre solía decir que ni por todo un reino faltaría á la fidelidad debida á su soberano, mientras no se le hiciese algun ultraje. La parte decisiva que tuvo en la victoria de Marignan, el respeto de que gozó á pesar de su rigor de disciplina entre las tropas, hicieron, sin embargo, que el rey recelara de él. Los cortesanos, viendo que los recelos que ins-



Armadura de un soldado mercenario, hecha en Nuremberg á principios del siglo XVI  
Consérvase en el Museo de Artillería de Viena

piraba el condestable y la desconfianza con que se le miraba en la corte no hacían mella en él, excitaron á Francisco I á humillarle mas y mas; y cuando á la muerte de su esposa, el rey por una parte y Luisa de Saboya por otra pretendieron toda la herencia de la difunta, con lo cual perdía el duque los cimientos de su poderío, se le acabó la paciencia, cosa nada extraña, y cesó de ser vasallo leal. Se entabló un litigio sobre la herencia, y el duque de Borbon, amenazado en su existencia, aceptó la mano que el emperador le alargó y en julio de 1523 firmó con Carlos V y un poco despues con Enrique VIII un tratado de alianza ofensiva y defensiva, en virtud del cual el emperador le daba una de sus hermanas en matrimonio, comprometiéndose el duque á auxiliar por medio de la rebelion la invasion de los aliados en Francia. Borbon, olvidando además de los deberes de vasallo su calidad de francés, justificaba su traicion con el mal gobierno del rey sensual, con el empobrecimiento y destruccion de la Francia; y creyó poder contar con la cooperacion de unos 2,000 nobles. Francisco no comprendió hasta mas tarde la falta que habia cometido, prometió enmendarla y se dirigió entretanto al Mediodía de Francia, cuya ocasion aprovechó el de Borbon para atravesar la frontera y retirarse á Besançon. Fué una gravísima falta del rey el no haberse apoderado de este su enemigo mortal y haberle puesto en lugar se-



guro. Sin embargo, la nobleza francesa, con muy raras excepciones, se apartó del traidor en lugar de seguirle.

La rebelión fracasada del condestable de Borbon despertó en Enrique VIII el deseo de apoderarse de la corona de Francia, y así, en lugar de separarse entonces de la liga, hizo todos los preparativos para apoyar enérgicamente el convenido ataque á la Francia, y aun si hubiese podido se habría apoderado por sorpresa y por medio del duque de Borbon de la persona de Francisco I.

En Italia también pareció seguro el triunfo de la política imperial; y el hecho de no quedarse Carlos con la ciudadela de Milan, evacuada por los franceses, y de entregarla á Sforza hizo que la república de Venecia se agregara en 29 de julio á los enemigos de Francia. La neutralidad del Papa también se conmovió cuando se descubrió que el cardenal Soderini, uno de los hombres de quien más se fiaba la corte de Roma, instigaba al rey de Francia á emprender una campaña en Italia. El cardenal intrigante fué reducido á prisión y el embajador francés salió de Roma. El Papa impuso al rey de Francia un armisticio bajo la pena de excomunión, á lo cual contestó el rey con una carta violenta en la que se hablaba mucho de los privilegios de la Francia y se recordaba la suerte de Bonifacio VIII. El pobre papa Adriano ya estaba acostumbrado á recibir cartas semejantes de la parte de Manuel y Gattinara, que se le habían quejado de su frialdad para con el emperador y de su accesibilidad á las insinuaciones del espíritu de maldad. El joven emperador escribió también una vez á su embajador en Roma que si atendiera á la antipatía que le inspiraba Adriano, hacía tiempo que el Papa habría sido reducido á simple párroco de San Pedro. La mala suerte quiso que aquel anciano animado de los propósitos más santos y al cual la situación angustiosa de Rodas hizo verter lágrimas, pagara las faltas y el derroche de su predecesor, que había dejado mucho más de un millón de ducados de deuda. Adriano, falto de recursos, no pudo declararse en seguida contra Francisco, porque, según escribió, dejaría entonces de recibir los fondos de Francia, con los cuales mantenía su corte. Vió, pues, desvanecidos todos sus ideales; Rodas cayó en poder de los turcos; la herejía luterana, á la cual los sucesos no le permitieron dedicar su atención á tiempo, se sostuvo en Alemania, y para mayor desgracia se vió obligado á abandonar su ilusión de mantenerse por encima de los partidos y á entrar en la alianza del emperador, como lo hizo en 3 de agosto. Pocos días antes había entrado la república de Venecia en la misma alianza; y en 14 de setiembre murió Adriano maldecido de la generación contemporánea desmoralizada, que adornó con flores la puerta del médico. Su epitafio dice: «Aquí yace Adriano VI, cuya mayor desgracia en esta vida fué su subida al poder supremo.»

A pesar de situación política tan favorable, fracasó miserablemente el bien combinado ataque á la Francia principalmente por culpa de Carlos V. El ejército inglés se quejó con razón en la Francia del Norte de la lentitud de los borgoñones, por la cual no logró ningún resultado notable, mientras la infantería mercenaria de Borbon se dispersó pronto y el emperador aplazó un mes tras otro su prometido ataque contra la Francia del Mediodía desde España. Los embajadores de Inglaterra escribieron á su país que Carlos V no podía ayudarse á sí mismo ni auxiliar á sus amigos y no procuraba otra cosa más que entretener á estos para hacer la paz en favor de sus dominios. La tardía campaña española de invierno no dió más resultado que merezca mencionarse que la reconquista de Fuenterrabía.

La demora que caracterizaba las resoluciones y movimientos del español en general se empezó á notar ya entonces y fué principalmente resultado de la multitud y diversidad de

cuestiones de gobierno que pesaban sobre el emperador, á lo cual se añadían la increíble lentitud é inseguridad de las comunicaciones y la penuria crónica de las arcas imperiales, que no bastaban para cubrir las inmensas exigencias de la política belicosa y las prodigalidades de su corte. Carlos quinto escribió desde España: «A mi llegada á ésta he visto gastadas y derrochadas todas mis rentas.» Mas todas estas causas no bastan para explicar la extraña vacilación de Carlos durante la guerra de 1523 y 1524, pues había sabido muy bien abrirse un manantial de oro con el castigo de los rebeldes españoles. En vano los más conocedores de la situación, entre ellos el duque de Alba, aconsejaron al emperador que fuese más benigno con los rebeldes; el joven monarca justificó por primera vez en estas circunstancias su fama de irconciliable; porque á pesar de una amnistía proclamada con mucha ostentación, continuaron durante muchos años las ejecuciones capitales y las confiscaciones. Caracteriza bien el genio de Carlos V la calma feroz con que supo tranquilizar primero á las personas á quienes consideraba más culpables para castigarlas después con mayor rigor. En 1525 le suplicó un piadoso fraile que solemnizara la victoria de Pavía amnistiando á los rebeldes proscritos y fugitivos, á fin de que sus inocentes mujeres é hijos no pereciesen en la miseria; pero más censurable que la inexorabilidad de este monarca es el engaño de que se valió al tratar con los revolucionarios de Mallorca. Tampoco despreció Carlos el empleo del engaño en la política (1) y después de la muerte de Adriano escribió una carta á favor de Wolsey á su embajador en Roma, al cual había dado orden de trabajar por la elección de Julio de Médicis; y para que la carta á favor de Wolsey no turbase los trabajos del embajador, dió orden de detenerla en Barcelona hasta que Médicis quedó elegido. Este candidato estaba decidido á alcanzar esta vez la tiara, si no para sí, por lo menos para un candidato de su gusto, «aunque todos los que había en el cónclave reventaran.»

Los romanos clamaron por un Papa italiano aunque fuese idiota, y se sabe que el cardenal Farnesio solicitó el apoyo del emperador para ser elegido, ofreciendo en cambio una enorme suma. No obstante, el embajador de Carlos, que creyó al Médicis, elegido en 19 de noviembre de 1523, simple instrumento inconsciente de su soberano, se engañó en esto grandemente. El nuevo Papa, que tomó el nombre de Clemente VII y al cual se ha calificado del más infortunado de los papas, aun después de Adriano VI, si bien había alcanzado la mayor dignidad de la cristiandad bajo los auspicios del emperador, hizo luego los más serios esfuerzos para ser en su elevada posición un nuevo hombre. Sus propósitos políticos eran poco más ó menos los mismos de Adriano, á saber: paz entre las potencias cristianas, guerra europea contra los turcos y exterminio de la herejía; solo que el papa Clemente era también príncipe italiano, y Médicis, y tenía como tal sus intereses territoriales y dinásticos. En su vida privada se condujo con más decencia y con más dignidad sacerdotal que su pariente Leon X; era muy caritativo para con los necesitados, en lugar de colmar de gratificaciones á músicos y bufones; pero no tenía nada del elevado carácter de Adriano, pues desde el primer día se mostró aficionado á las sendas tortuosas y á no decidirse hasta haber visto el sesgo que tomaban los asuntos. Ocultamente socorrió con fondos al ejército imperial en la Italia del Norte, y apenas hubo quedado elegido comunicó al gobierno de Venecia, también con el más profundo secreto, su opinión, diciendo que quería ser Papa de veras y no como Adriano un Papa

(1) Ni lo despreciaba ninguno de los soberanos de la época. (N. del T.)

esclavo, esto es, que estaba decidido á sostener la independencia de Italia, tanto contra la Francia como contra el emperador.

Después de haberse calmado la primera alegría por el aparente triunfo de su elección, se dijo al emperador que Clemente VII era un verdadero italiano y dependía de las personas que le rodeaban; mas algunos meses después se opinó en la corte de España que era más propio para cardenal que para pontífice, si bien era exigencia bastante singular querer que los príncipes y pueblos de Italia mirasen como suyos los intereses de un soberano extranjero. La creencia del Papa de que durante algún tiempo sería posible observar el tratado de alianza amistosa entre el emperador y el centro y Norte de Italia, coincidía con el deseo del canciller Gattinara, cuyo gusto habría sido excluir completamente de Italia á los franceses «bárbaros,» y conservando el ducado de Milan independiente, sujetar los Estados italianos, á manera de protegidos, al emperador. De todos modos, además de las tropas españolas y alemanas, fueron principalmente tropas italianas las que bajo el mando de Próspero Colonna, y muerto éste bajo el mando del nuevo lugarteniente imperial Borbon hicieron frente en el invierno de 1523 á 1524 á un ejército superior francés y lo pusieron finalmente en fuga. La población de Milan conservaba su rencor contra el brutal dominio francés y ardía en deseos de pelear con los odiados sitiadores. En la retirada de los franceses fué herido su jefe el almirante Boniviet, y Bayardo, «el famoso caballero sin miedo y sin tacha,» recibió una herida mortal causada por la bala de un arcabucero enemigo en el momento en que acababa de recuperar algunas piezas de artillería que habían tomado los perseguidores. Borbon, que inmediatamente volvió á pensar en su proyecto favorito, la conquista de la Francia, se conformó con prestar juramento de fidelidad á Enrique VIII, á fin de que éste le facilitara subsidios para su campaña vengativa, lisonjeándose con la esperanza de ser dueño de Paris antes de la fiesta de Todos los Santos; mas la falta de dinero y la oposición del marqués de Pescara retardaron la entrada en la Francia del Mediodía hasta el mes de julio; y si bien las ciudades de Provenza abrieron casi sin resistencia sus puertas á los invasores, fracasó toda la empresa ante la ciudad perfectamente fortificada y defendida de Marsella, cuyos habitantes para su mejor defensa destruyeron los arrabales, y con los ojos arrasados de lágrimas desenterraron y trasladaron al interior de la ciudad sus muertos y santos al derribar las iglesias de extramuros. Las mujeres de todas las clases sociales aterrorizadas ante el temor de ver entrar al feroz Borbon y á sus soldados mercenarios, trabajaron en las fortificaciones, y en tres días hicieron las llamadas «trincheras de las señoras.» Los sitiadores sabían lo que les esperaba en la ciudad y fué en vano que Borbon excitara á las tropas al asalto y Pescara á las tropas españolas.

Con esto se frustraron las esperanzas de que la Francia se sublevara contra Francisco I y se hizo patente que los enemigos de la Francia no tenían que habérselas con un rey odiado ni con un pueblo exhausto y descontento, sino con una monarquía unificada y con una nación en la cual, á pesar del innegable desgobierno, se reunían en los días de gran necesidad nuevos recursos. Razon habían tenido los observadores italianos que habían dicho que los franceses jamás renegarían de su rey á favor del emperador ó de Enrique VIII. A pesar del desgobierno experimentado, del loco despilfarro de la corte en los últimos años, del indigno tráfico del gobierno con los empleos de jueces y de una carestía espantosa, pudo el rey Francisco reunir en el otoño de 1524 un ejército respetable, que conducido por él mismo pasó á otro

lado de los Alpes simultáneamente con el ejército imperial que levantó el sitio de Marsella. Poco antes había escrito Borbon al emperador que sería el hombre más grande que jamás había vivido en la tierra y que dictaría la ley á toda la cristiandad.

En 26 de octubre entraron los franceses en Milan, y Francisco I, que después de una larga interrupción había vuelto á montar su caballo de batalla para dedicar, según dijo, «un poco de trabajo á la salvación de la Francia,» emprendió inmediatamente el sitio de Pavía. Antonio de Leyva, comandante de esta plaza, supo entusiasmar no solamente á sus soldados sino también á toda la población y obligarla á mantenerse firme, como poco antes se habían mantenido los marseleses en favor de su rey; y también como en Marsella tomaron parte en Pavía damas distinguidas, llevando tierra á los terraplenes y parapetos.

El poder habsburgo entró entonces en una dura crisis: los franceses en Milan; la revolución á punto de estallar en Alemania; la Inglaterra, en lugar de coadyuvar enérgicamente, preparando su deserción; Venecia, Ferrara y el Papa, en inteligencia con Francia; el duque Sforza muy sospechoso, á pesar de hacer gala del papel de instrumento del emperador; el cuñado del emperador, el rey Cristian de Dinamarca, expulsado de su reino; su propio hermano el archiduque Fernando ambicionando el ducado de Milan, para lo cual tenía hasta la recomendación de Francia; su cuñado el rey Luis de Hungría, amenazado de una rebelión de sus magnates y de una invasión turca: tal era la situación difícilísima que se presentaba; pero el emperador, con sus veinticinco años, salió de tan dura prueba victorioso. La lentitud en sus resoluciones, que más de una vez había perjudicado gravemente á su política, y desaprovechado ocasiones magníficas de conservar su superioridad, le sirvió entonces para este objeto. Sabía esperar como su antepasado Federico III, y con esta convicción escribió una vez á su embajador en Roma que ya vendría el tiempo de ajustar las cuentas á amigos y enemigos, pero que hasta entonces sería preciso mostrar buena cara y aparentar amistad y confianza á los que menos las merecían. A la verdad no había mejor escuela de desconfianza y de fingimiento que el trato diplomático con los magnates italianos y en primer lugar con la curia. El mismo ejemplo dió entonces justamente Wolsey, que con la mayor tranquilidad y descaro negó sus negociaciones con la madre de Francisco I y justificó la supresión de los subsidios ingleses. Así no era de extrañar que el emperador titubeara á menudo en aquel laberinto de engaños, y se lamentara de la muerte de Chievres, cuyos consejos seguros echaba de menos, porque Gattinara, si bien era indispensable al emperador por su destreza excepcional en los negocios, no llegó nunca á gobernar á su soberano, cuyo genio independiente y creciente laboriosidad cedían solo momentáneamente al cansancio. Cabalmente entonces tuvo que luchar Carlos con ataques repetidos de fiebres que creyó curar con ejercicios corporales como la equitación y la caza, lo que no hizo más que empeorar el mal. Es posible que su sorprendente inacción durante la guerra con Francia reconociera por causa este desarreglo de su salud; mas cuando se hizo patente la alianza de Clemente VII con la Francia por un tratado secreto hecho en noviembre de 1524 estalló la indignación del emperador, á pesar de su carácter reservadísimo, diciendo que gracias á él Clemente había sido nombrado Papa y que siendo todavía cardenal le había impulsado á la guerra con Francia; y en el círculo de sus cortesanos añadió que pasaría á Italia y se vengaría de los que le habían ofendido, especialmente de aquel Papa cobarde. «Hoy ó mañana, exclamó, acaso será Martín Lutero un gran personaje de valía.»